

El Secreto de la Felicidad Humana

Sin ninguna duda, Todo existe aquí por el gozo de la existencia.

El Ananda es el principio secreto de todo ser y el sostén de toda actividad de ser.

Sri Aurobindo. La Evolución Espiritual. Cap. I

Nuestros esfuerzos van en pos de la plenitud y la armonía; lo que nos produce más sufrimiento interior es la imperfección y la incapacidad, o la discordia en nuestra naturaleza. Pero es porque somos incompletos en nuestro ser, imperfectos en el conocimiento de nosotros mismos, imperfectos en la posesión de nuestro yo y de nuestra naturaleza.

Sri Aurobindo. La Evolución Espiritual, Cap.V

Una aspiración, una exigencia de felicidad suprema y total está ahí, secretamente, en toda la constitución de nuestro ser, pero está oculta por la separación de los nuestros elementos de naturaleza y por sus impulsos divergentes, y por su incapacidad de concebir o captar nada más que un placer superficial.

Sri Aurobindo. La Evolución Espiritual, Cap. V

Sobrepasar el ego y ser nuestro yo verdadero, ser conscientes de nuestro yo real, poseerlo, poseer un gozo de ser real es, por tanto, el significado último de nuestra vida aquí, es el sentido escondido de nuestra existencia individual y terrestre.

Sri Aurobindo. La Vida Divina, libro III, Cap. XVII

Exponemos este tema de la felicidad humana mirado desde la perspectiva del Yoga Integral de Sri Aurobindo y Mirra Alfassa (La Madre), dos yoguis supremos que nos han aportado la visión y experiencia evolutiva espiritual que mejor ha comprendido, integrado y relacionado los tres grandes elementos que componen la existencia -trascendencia, universo y ser humano individual-, y con más claridad han expresado el futuro del ser humano como individuo y como especie. Un futuro marcado por la secreta e inalienable aspiración y la consecuente búsqueda de la felicidad, del gozo de

la existencia en esta tierra y del conocimiento que nos puede dar las claves en esa búsqueda.

Podríamos resumir muy brevemente la clave de la felicidad total y suprema a la que aspiramos expresando que tal plenitud sólo puede ser alcanzada cuando el ser humano logre manifestar en él, por medio de su propia evolución, la Divinidad o la Trascendencia que es la semilla evolutiva de su existencia. Porque si los mundos han sido creados, o más bien, son la manifestación del Poder que despliega una Existencia-Consciencia, que a su vez es Deleite, Gozo, Beatitud, Felicidad infinita en su propia esencia de ser, tendríamos que concluir que el sentido final de nuestra existencia está dictado por su origen y no puede ser otro que una evolución humana que culmine en una existencia terrenal constituida y sostenida por los mismos poderes por los que ha sido creada. No imaginamos, por tanto, que el destino final de nuestra vida aquí en la tierra sea distinto de la plenitud de conocimiento y felicidad suprema inherentes a su origen, como no imaginamos que la semilla, tras un proceso necesario de evolución, manifieste algo distinto del árbol desde donde cayó.

Dicho de otro modo, si el universo, físico y suprafísico, ha surgido y es sostenido por la fuerza en expansión de alguna entidad de consciencia y poder plenarios y no por un portentoso azar inconsciente, si esa Realidad primera es en sí y no necesita de nada -ni antecedentes ni consecuentes- para ser, necesariamente hablamos de una Consciencia-Conocimiento plenos, desplegando una Energía-Fuerza plenas y a tal plenitud necesariamente le son consustanciales el Deleite-Gozo-Felicidad propio de su existencia plena e infinita, ya que no podríamos pensar ninguna suerte de plenitud que no contuviera en sí el deleite pleno de su propio existir. Además podríamos estar ante una ley de un karma perfecto y originario en el que las formas de existencia del universo llevan en sí, en su esencia, el potencial de perfección de la Causa de donde devienen. Nuestro mundo es imperfecto en el resultado actual de su manifestación evolutiva, pero es perfecto en su configuración y potencial evolutivos. Por la misma razón no podríamos afirmar que la semilla es imperfecta porque todavía no puede manifestarse como árbol.

Naturalmente que algunas de las cuestiones expuestas hasta ahora pueden ser rechazadas por la lógica de la razón -la lógica de lo finito- porque

se escapan a su dominio y capacidad, y por ello no puede percibir en la consecuencia el sello de una Causa que le es inaprensible. Hay para ella un corte, un vacío, un salto que le está vedado por la propia naturaleza de su razón limitada, por lo que juzga como trampa, engaño o falla en la lógica racional todo esto que resulta evidente, natural y perfectamente coherente en la lógica del Infinito a la que la mente puede acceder yendo más allá de los límites de la razón.

Pero aun aceptando este postulado no habríamos avanzado demasiado en el descubrimiento del secreto de la felicidad porque todavía no sabemos cómo lograrla. Hemos presentado la cima de la montaña más alta, pero desconocemos las vías de acceso a ella. Podría incluso producirse una gran decepción viendo tan excelso objetivo sin poseer los conocimientos para realizarlo. Vamos a tratar, por tanto, de establecer alguna base de conocimiento y posibilidad de realización sobre la que asentar firmemente esta larga escalera de autotrascendencia evolutiva que nos pueda acercar a la felicidad que añoramos.

Es importante constatar ésta necesidad humana de plenitud, de felicidad, de superar toda limitación, parcialidad, debilidad e ignorancia, porque a través de la constatación de esta tendencia imperativa podemos llegar hasta la causa original que la provoca. El ser humano, en efecto, es un ser insatisfecho, inconformista, nunca está saciado del todo con lo que posee, desarrolla o conquista; siempre busca más, anhela más; romper de nuevo el límite, dominio creciente sobre su entorno, sobre la vida y la muerte, sobre el tiempo y el espacio. Serían casi incontables las dificultades superadas y las conquistas que en todos los ámbitos el ser humano ha logrado desde su origen; los avances científicos, cada vez más acelerados, dan cuenta de ello; la satisfacción por lo que ha conquistado languidece rápidamente ante su ansia de nueva conquista: poner al universo entero a su servicio podría parecer que es su gran sueño. Sri Aurobindo expresa que el ser humano es el ser más excelso de los seres precisamente porque es el más insatisfecho. Porque esta insatisfacción lo encadena a la búsqueda continua y al continuo progreso, superación y desarrollo de sus potencialidades, pero a su vez lo ata a la frustración, latente o consciente, porque no ha desarrollado poderes ilimitados que puedan corresponder a sus ilimitados deseos. Esta paradoja, esta antítesis u oposición entre el anhelo irrefrenable del ser humano de totalidad y lo limitado de lo que, en su estado

actual, puede conseguir es lo que le hace insatisfecho, pero, al mismo tiempo, es lo que le impulsa a seguir buscando el modo de lograr la totalidad a la que aspira y lo convierte en superior a cualquier otra forma de existencia.

Pero, ¿cuál es el porqué de su naturaleza insaciable?; ¿de dónde proviene tal y tan irrefrenable impulso al crecimiento, al desarrollo, a la expansión de su conocimiento y poder?; ¿Cuál es su causa originaria? Sri Aurobindo nos lo expresa en la frase *“El ser humano es una infinitud, aparentemente finita y no puede dejar de buscar el Infinito”*.

A tenor de lo expresado parece incuestionable que el ser humano busca alguna suerte de infinitud por su aspiración a la totalidad, al conocimiento total, al dominio total, a la posesión total de todo. Del mismo modo podríamos ver que tras su afán de descubrimiento, progreso, conquista y posesión subyace tanto la satisfacción propia del descubrimiento, progreso, conquista o posesión, como la esperanza de que lo descubierto, conquistado o poseído cubra alguna carencia, ya sea intelectual, material o de cualquier índole, porque quien busca, busca aquello de lo que carece y que le parece importante descubrir para llenar el vacío de la carencia del tipo que sea. El ser humano no lleva bien la parcialidad y la limitación en ningún ámbito de su existencia porque su diseño evolutivo tiende a la plenitud, a la posesión total de todo en todos los ámbitos. Si estuviera diseñado para la parcialidad y la limitación no sentiría frustración alguna, ni siquiera podría imaginar plenitud alguna, ya que detrás de su poder de imaginarla se esconde la potencialidad de conocerla y de realizarla, pues una imaginación tan persistente y poderosa no es un consuelo o idealización estéril de nuestra mente, sino una intuición secreta y profunda que proyecta su imagen de plenitud sobre ella. Por esta razón no entra en las capacidades del animal imaginarse como ser pensante, ni siente la carencia de la mente racional.

Sólo el ser humano tiene este poder de aspiración y este sentido inherente de infinito, aunque la limitación de su actual mente le imponga una percepción de sí mismo como finito, *“... una infinitud aparentemente finita...”*, y es el poder del Infinito en él lo que le impulsará a superar el límite de su actual mente y reconducirá sus anhelos a la búsqueda del Infinito originario en él, en el cosmos y más allá de sí mismo y del cosmos: *“... y no puede dejar de buscar el Infinito.”*

En realidad podríamos afirmar que el deseo humano en todas sus formas de expresión y ámbitos de aplicación, que en gran medida ha posibilitado el progreso material e inmaterial del ser humano, no es más que un reflejo oscurecido, desviado e ignorante de este imperativo original de búsqueda, de esta necesidad imperativa de completamiento. Porque si deseamos, lo hacemos con la esperanza de aumentar nuestra satisfacción mental, vital o física, en la creencia de que esta satisfacción aportará algo de la felicidad a la que aspiramos.

Si preguntásemos a la gente qué es lo que la hace feliz, obtendríamos respuestas concretas, generalmente relacionadas con el cumplimiento de algún deseo, alguna actividad que les apasiona o algún estado que les resulta satisfactorio porque les libera, en cierto grado, de las tensiones y padecimientos que la vida ordinaria trae consigo. Si preguntásemos a la gente qué es ser feliz, las respuestas serían seguramente más imprecisas y de mayor dificultad. La diferencia entre ambas preguntas es que en la primera (qué te hace feliz) vinculamos la felicidad a algo concreto, un momento, un estado, una acción, un deseo, etc. En este caso la felicidad sería una consecuencia de relacionarnos de una determinada manera con nuestro entorno, de aprovechar de forma satisfactoria los elementos, circunstancias, etc. que la vida nos va presentando o de influir en nuestro entorno para que nos ofrezca aquello que creemos necesitar para sentirnos bien. Es decir, para sentirnos felices necesitamos que se establezcan ciertas condiciones o se produzcan ciertos hechos que aporten satisfacción o pallén el vacío de la carencia, sea ésta consciente o inconsciente. En la segunda pregunta, qué es ser feliz, se ha eliminado la necesidad de vincular la felicidad a algo concreto y externo a nosotros y se nos presenta la felicidad desnuda, por sí misma, como una categoría esencial y no circunstancial, desligada de cualquier cosa, como un valor en sí.

Aquí surge una cuestión crucial porque buscamos plenitud en las cosas parciales y superficiales, en la satisfacción del deseo, intentamos obtener siempre en algún elemento exterior -trabajo, relaciones, bienes materiales, equilibrio afectivo, etc.- algo que nos llene y luchamos durante toda nuestra vida para poder obtenerlo. No parece que tengamos clara la vía de acceso a la felicidad. Más bien parece que hacemos lo que podemos y tendemos a conformarnos con sus resultados parciales, una especie de conformismo redentor que nos sirva para gestionar la insatisfacción subyacente sin que

ésta llegue a quebrarnos.

Tal experiencia cotidiana parece incluso hacernos dudar de que esta felicidad que predicamos sea real, más allá de una disertación filosófica estéril, esa felicidad autoexistente, no dependiente de lo que suceda en nuestro entorno, como un poder en sí mismo; una felicidad que se nos antoja total o tendente a la totalidad porque cualquier parcialidad o limitación en ella contradiría o menoscabaría su propia esencia de felicidad; permanente y no cambiante por ser una realidad en sí misma, independiente de cualquier relación con el exterior cambiante, porque tal dependencia la haría subordinada y no autoexistente.

Y si la existencia de esta felicidad fuera real, se impondría que nos preguntáramos cómo podríamos acceder a tan magnífico estado; qué tendría que suceder para llegar a poseer tal gracia, deleite, gozo, etc. o ser poseídos por ellos. Incluso tendríamos razón para el enfado puesto que existiendo tal posibilidad, nuestra vida muchas veces contradice notoriamente lo que de esa Felicidad se predica. O expresado de otro: ¿cómo es que ese fabuloso modo de vivir felices no es una realidad en nuestra vida?; ¿cuál es el motivo de la discrepancia tan radical entre la posibilidad y la realidad?

La causa de la infelicidad, lo que llamaríamos sufrimiento en alguna de sus múltiples versiones, es la ignorancia. La formulación de las Nobles Verdades del budismo lo expresa con claridad: *el sufrimiento existe* o, lo que es lo mismo, la constatación del sufrimiento en nuestra vida; *el sufrimiento puede cesar*, es decir no es algo inherente al hecho de vivir; *la causa del sufrimiento es la ignorancia*.

Sri Aurobindo clasifica la ignorancia en relación a siete aspectos del ser. Nos detenemos en uno de ellos que el llama *ignorancia constituyente*: “...tomamos a la mente, la vida y el cuerpo, a los tres o a dos cualquiera de ellos, como el principio verdadero o relato absoluto de lo que somos, perdiendo de vista aquello que los constituye y determina con su presencia oculta...” Es decir, creemos ser lo que no somos, creemos ser este yo exterior compuesto por nuestra mente, vital del deseo y cuerpo físico como la totalidad de nuestro yo, ignorando nuestro yo más real y profundo, donde residen el conocimiento y los poderes que nos pueden llevar a un sentido más grande, profundo y pleno de la existencia, pues en este ser interior

profundo reside el inalienable sentido de la verdad de nuestro núcleo de consciencia individual eterna, cósmica y trascendente.

La ignorancia tiene resultados catastróficos en nuestra manera de relacionarnos con la vida porque, partiendo de la ignorancia de lo que somos, ignorando nuestros propios potenciales de conocimiento verdadero y acción correcta, todas nuestras acciones y nuestro desenvolvimiento en la vida quedarán marcados por ella, tal como expresa Sri Aurobindo: *“Como resultado de estas ignorancias, perdemos el verdadero conocimiento, la dirección y el disfrute de nuestra vida en el mundo; nuestra ignorancia se extiende a nuestro pensamiento, voluntad, sensaciones y acciones, replicamos con respuestas equivocadas o imperfectas a cada uno de los interrogantes del mundo, andamos sin rumbo en un laberinto de errores y deseos, empeños y fracasos, dolor y placer, pecados y caídas, seguimos un camino tortuoso, vamos tanteando ciegamente metas distintas: esta es la séptima ignorancia, la ignorancia práctica.”*

Somos seres de una consciencia exteriorizada y superficial, ignorantes de la realidad interior y ajenos a su poder de un conocimiento y una realización mayores, siguiendo los dictados de una mente imperfecta, de un vital caprichoso que solo busca satisfacción en las cosas superficiales y de un cuerpo físico sumido en la inercia y reticente al cambio. Esta identificación con los tres elementos de nuestro ser exterior constituyen el ego central, que es la identificación con un falso yo, un yo exterior y superficial, limitado, subordinado a la mente, vital-deseo y cuerpo físico, dependiente del entorno, que sólo es la periferia y la apariencia de lo que somos:”... *aparentemente finitos...*”.

Esto no es un capricho de la Naturaleza o un pecado original, sino un estado evolutivo hacia un yo mayor y verdadero. Porque esta Naturaleza, esta Fuerza evolutiva que sigue el dictado de la Consciencia subyacente en ella, nos ha dotado y ha hecho patentes en nosotros estos tres instrumentos imprescindibles para que podamos sobrevivir en nuestro entorno y dominarlo como garantía de la pervivencia del individuo y de la especie. Primum vivere, esta es la primera ley de la existencia de un ser físico en un mundo físico y es la ley básica de la evolución. Por ello la Naturaleza ha dejado en segundo plano el yo interior y sus poderes, ocultos pero activos, activos pero condicionados a una evolución más grande de nuestra consciencia.

Por tanto se impone, en el nivel de la consciencia individual, una primera conversión si queremos tener un conocimiento de nuestro ser verdadero que está en nuestro interior, un conocimiento profundo del él y de sus poderes. Esto requiere la progresiva sustitución de nuestra consciencia exteriorizada por una consciencia del ser interior. Requiere interiorizarnos, la apertura de los centros interiores y la activación de sus poderes: una mente interior capaz de percibir la realidad de las cosas más allá de las apariencias, una mente profunda, flexible y vasta, motivada por el interés de la verdad y no por el interés por el puro intelecto de la mente superficial; un vital interior que mueve su energía al servicio de la verdad comprendida y no sigue ya ciegamente al deseo vital; y tras este yo interior, y sosteniéndolo todo, el ser psíquico que contiene en su esencia el sentido puro de la Verdad, tanto se exprese ésta en la individualidad, en el universo o en la Trascendencia. Porque él es la conexión directa con el Yo del universo, con el Yo de la trascendencia, puesto que es la semilla divina que alberga en sí el potencial evolutivo de conocimiento y poderes delegados del Infinito. Por ser eterno tiene el sentido de la inmortalidad, por ser suprafísico y espiritual tiene el sentido del Infinito y del consecuente desapego de todas las cosas finitas del mundo exterior, las que interpreta como instrumentos y experiencias de evolución. Cuando logramos poner nuestro ser exterior al servicio del interior y del ser psíquico es cuando se produce en nosotros la unidad del ser, es cuando podemos definir realmente a nuestro ser exterior y superficial, como ser instrumental. Mientras tanto se producirá en nosotros una lucha entre nuestra naturaleza inferior y sus tendencias e instintos (mente ordinaria, vital-deseo y cuerpo físico) y nuestro ser interior del conocimiento verdadero, de la acción correcta, del sentimiento y los actos servidores de la verdad. Mientras no se resuelva este conflicto a favor de nuestro ser verdadero habrá desarmonía, conflicto de intereses, resultados desiguales, siempre parciales y siempre alternantes según el dominio momentáneo de cada parte. Mientras tanto no poseeremos la vida y seremos subordinados y poseídos por ella y sus acontecimientos. Esta desarmonía, esta discordia nos produce sufrimiento. Sri Aurobindo apunta la solución a esta discordia en *La Vida Divina*: *“El hombre exterior y aparente, un ser efímero que esta sujeto a las exigencias de su corporeidad material y a la prisión de una mente limitada tiene que llegar a ser el Hombre interior real, dueño de sí y de su medio, universal en su ser. En un lenguaje más vivaz y menos metafísico, el hombre natural tiene que evolucionar en el Hombre divino.”*; *“Los hijos de la Muerte*

tienen que conocerse como los niños de la Inmortalidad”; “Sobrepasar el ego y ser nuestro yo verdadero, ser conscientes de nuestro yo real, poseerlo y poseer un gozo de ser real, es, por tanto, el significado último de nuestra vida aquí, es el sentido escondido de nuestra existencia individual y terrestre.”; “Pero si hace un movimiento hacia dentro que su propia visión superior le ha presentado como su mayor necesidad espiritual, entonces encontrará ahí, en su ser interior una Consciencia más grande, una Vida más grande.”

Parece claro que el sentido de plenitud en nosotros va ligado necesariamente a la evolución de nuestra propia consciencia, al conocimiento de nuestro ser verdadero y de los poderes que a éste le corresponden. Todo lo que recibamos del exterior sólo podrá satisfacernos efímeramente. Lo que desarrollemos en consonancia con la realidad verdadera de nuestro ser nos aportará una sensación creciente de plenitud: el desarrollo de nuestro ser profundo nos traerá una plenitud profunda, el desarrollo de nuestro ser superficial una plenitud superficial.

Vivimos en la identidad del ser superficial del ego mental, vital y físico porque nuestro ser mental autoconsciente necesita una identidad para sentirse “yo” entre los demás seres y frente al universo: esta es la función evolutiva que nuestro ego cumple inicialmente para nosotros. Esta identidad la asienta en aquellos elementos superficiales que nuestra consciencia superficial tiene a mano, ya que no puede percibir más allá o dentro de ellos, y se establece sobre una clara separación entre el “yo” y el “no yo”, entre el “yo” y todo lo demás, porque en la superficie la diferencias son separadoras, puesto que la consciencia superficial no puede llegar a ver que tras la superficie de las cosas hay una Realidad única que a todas las constituye y sostiene. Esta consciencia superficial, separativa y excluyente es la principal característica del ego en nosotros. Quien ha llegado a su ser interior profundo y ha descubierto su propia esencia puede vivir en unidad con todos los seres y existencias al constatar que la esencia de todo lo existente es la misma esencia de consciencia constitutiva de nuestro ser: esta unidad íntima con todo lo existente es el principio y poder del amor.

La interiorización de nuestra consciencia o el vivir en el mundo en y desde una consciencia interior tiene unas consecuencias prácticas inmediatas en nuestra forma de relacionarnos con la vida y de responder a

los acontecimientos y contactos en los que ella se expresa. En primer lugar se establece una distancia psicológica y emocional respecto a todo lo que sucede en nuestro ser exterior y a todo lo que sucede fuera de nosotros. Esto es así porque la realidad interior llega a ser para nosotros la realidad primordial en el ámbito individual y la realidad de los sucesos de la vida adquieren una importancia inferior y subordinada a esto. Además, esta distancia nos trae una relativización, una mirada más alejada de las cosas, que logra una perspectiva serena que antes no teníamos y nos libera del drama de la inmediatez con la que vive el ser exteriorizado. Hay que resaltar que la atmósfera del ser interior y especialmente la del ser psíquico es de paz, de ecuanimidad inalterada, de sentido espiritual de existencia, de aspiración profunda al crecimiento, al conocimiento creciente y a la realización de la verdad en nosotros. La identificación interior conlleva una desidentificación respecto a nuestro ser exterior -mente, vida y cuerpo-, que ya no los consideramos nuestro verdadero yo, sino una instrumentalización para nuestro crecimiento y evolución.

La identificación con el ser interior y el ser psíquico asienta en nosotros una consciencia de ser seres evolutivos y un sentido evolutivo de nuestra existencia, por lo que todo lo que nos suceda será interpretado en clave evolutiva, no como desgracia o quebranto, sino como oportunidad de aprendizaje y de autorrealización; esto es lo que podríamos llamar una interpretación yóguica de la vida. Desaparece el problema y surge la oportunidad de crecimiento; desaparece el sentido trágico de la vida y surge la percepción de que una Consciencia-Vida que, ya sea con su caricia ya con su golpe, nos está llevando a una perfección mayor y a un goce mayor en el juego de nuestra existencia. La Vida, a través de la que la Divinidad se expresa, nos ama buscando nuestro crecimiento en conocimiento y poder, también mediante el golpe y la adversidad, porque sin estos elementos de adversidad, que nuestra ignorancia tilda de negativos, no podríamos evolucionar, sin oposición y dificultad no creceríamos. Tal vez sea este el sentido de las palabras de Sri Aurobindo: *“Golpéame y sabré que me amas.”*

Establecidas la consciencia interior y psíquica en nosotros surge, de manera natural, un movimiento ascendente de aspiración profunda hacia el Origen de nuestra existencia, como si la semilla buscara el Poder del Árbol de donde cayó para poder expresar ese poder en sí misma. Por otro lado, la Consciencia directora encuentra condiciones cada vez más idóneas para

actuar mediante el descenso de su Fuerza apremiando y acelerando nuestra evolución.

Una de las puertas de acceso a la consciencia interior y a la psíquica es la habilitación en nosotros de un ser de consciencia o espíritu, un observador, un testigo, un vigía, un purusha que se sitúa detrás del ser exterior y alejado de sus movimientos mentales, emocionales, vitales y físicos, que discierne, desde su consciencia de la verdad, lo verdadero de lo falso, lo correcto de lo incorrecto, lo consciente de lo inconsciente... Un testigo inalterable que por medio de la observación nos lleva a la comprensión de todos nuestros movimientos, al conocimiento de sus causas y nos abre la puerta a la corrección de lo incorrecto. Este testigo es esencial porque es él el que continuamente está vigilando todos nuestros pensamientos, sentimientos, emociones y actos de nuestra naturaleza (prakriti). Sin él no nos daríamos cuenta y viviríamos la vida en un torpor y embotamiento de nuestra consciencia que dificultaría o imposibilitaría cualquier avance en nuestro trabajo. En este sentido cabe interpretar la frase de La Madre: *“El que no vigila está muerto.”*

Así lo expresa Sri Aurobindo la realidad del purusha-testigo: *“Un medio eficaz que se usa a menudo para facilitar esta entrada en el yo interior es la separación del Purusha, el ser consciente, de la Prakriti, la naturaleza manifestada. Si uno se mantiene tras la mente y sus actividades de manera que éstas se vuelvan silenciosas a voluntad o que continúen con un movimiento de superficie del que uno es testigo desapegado y desinteresado, es posible, finalmente, realizarse uno mismo como el Yo interior de la mente, el ser mental puro y verdadero, el Purusha; de igual manera, manteniéndose detrás de las actividades de la vida, es posible realizarse como el Yo interior de vida, el ser vital verdadero y puro, el Purusha; existe también un Yo del cuerpo del que podemos ser conscientes si nos mantenemos detrás del cuerpo, de sus exigencias y actividades... Igualmente, si nos mantenemos detrás de todas estas actividades de la naturaleza, sucesivamente o simultáneamente es posible realizar nuestro ser interior como el Yo impersonal, silencioso, el Purusha testigo.”*

Estas son las condiciones por las que vivimos en un estado que quietud, de paz interior, ecuanimidad, lo que en el yoga se expresa como igualdad interior: un ser que permanece inalterado ante cualquier circunstancia y

Centro de Meditación Sri Aurobindo
Calle Abejeras 33 Bajo. Pamplona
Isidro Rikarte
www.aurobindointegral.com

desapegado de ella, tanto adversa como favorable. En las condiciones descritas el sufrimiento cesa o, según nuestro desarrollo, queda solamente en nuestro ser exterior mientras nuestra consciencia se refugia en la igualdad del interior. Esto no es la felicidad, el gozo, el deleite de la existencia a la que aspiramos, pero la igualdad interior es el campamento base seguro a partir del cual transitaremos las vías de acceso a la cumbre del Ananda, la Felicidad plena. Para ello todavía se necesita no sólo la espiritualización del ser descrita, una consciencia cabal del verdadero yo individual, de la Realidad Cósmica y Trascendente, sino una transformación total de nuestra naturaleza inferior que sólo podrá ser culminada por la acción directa de la Fuerza (Sakti) sobre nosotros. Entonces podemos elevarnos hasta la identificación unitiva con la Existencia-Consciencia-Deleite y realizarlos en nosotros: la vida divina aquí en la tierra.